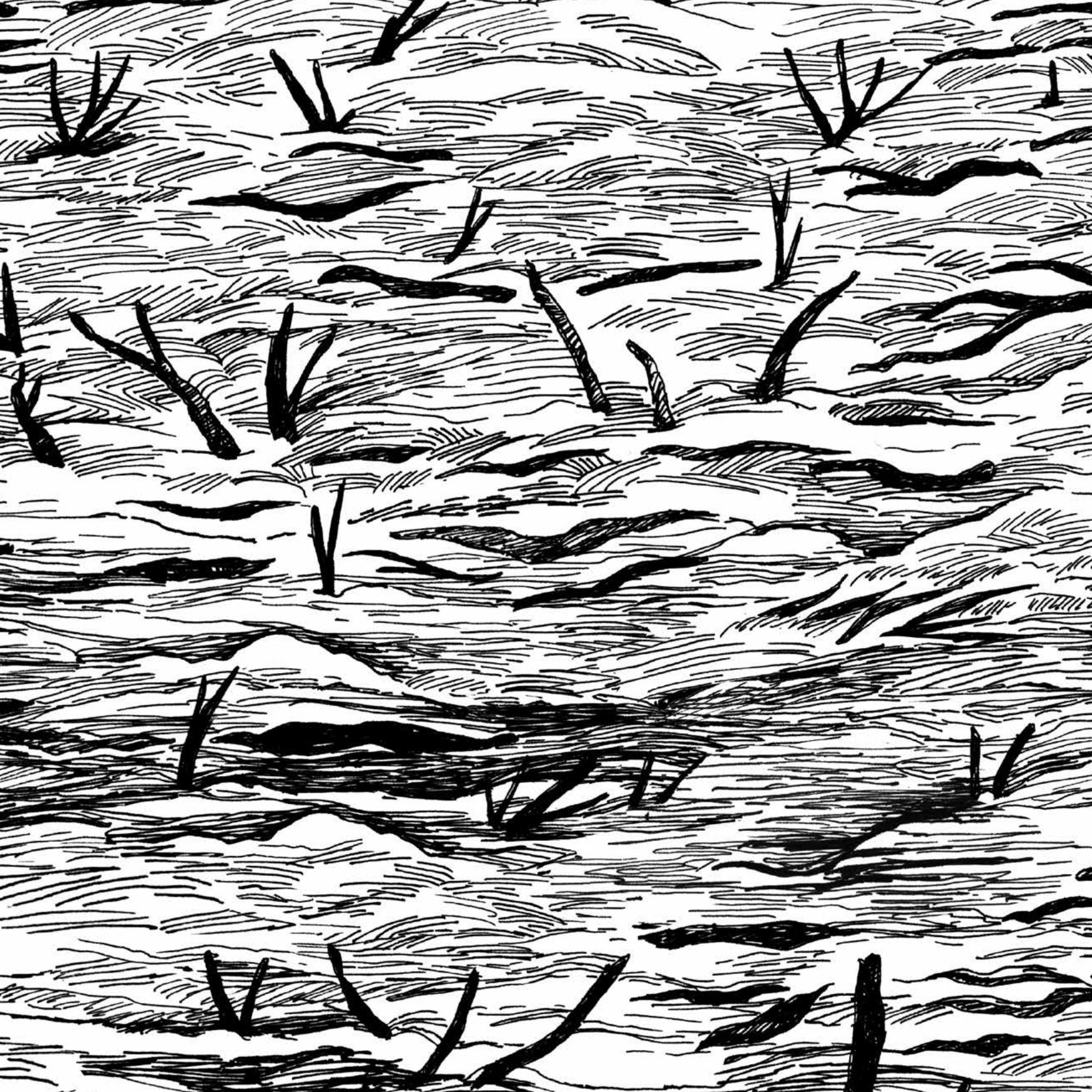


La muerte del yatmandú

Luis Salazar Orsi

Ilustraciones
de César Chujutalli





COLECCIÓN BULEVAR DE LA LECTURA INFANTIL, 6

ISBN: 978-612-4456-39-8



9 786124 456398

La muerte del yatmandú

Primera edición, marzo de 2023

Tiraje: 2000 ejemplares

- © Texto: Luis Salazar Orsi
- © Ilustraciones: César Chujutalli
- © Programa Educación Básica Para Todos
para su sello Casa de la Literatura Peruana
Jirón Áncash 207, Centro Histórico de Lima, Perú
+51.1.6155800, anexo 66860
publicaciones.casaliteratura@gmail.com
www.casadelaliteratura.gob.pe

Edición: Paulo César Peña y Rony Puchuri

Cuidado de edición: Teresa Marcos

Diagramación: Jenny La Fuente

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2023-02245

ISBN: 978-612-4456-39-8

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora Nro. 156, Breña, Lima, Perú

Esta edición es gratuita y su uso es de libre circulación.

Está prohibida su comercialización.

La muerte del yatmandú

Luis Salazar Orsi

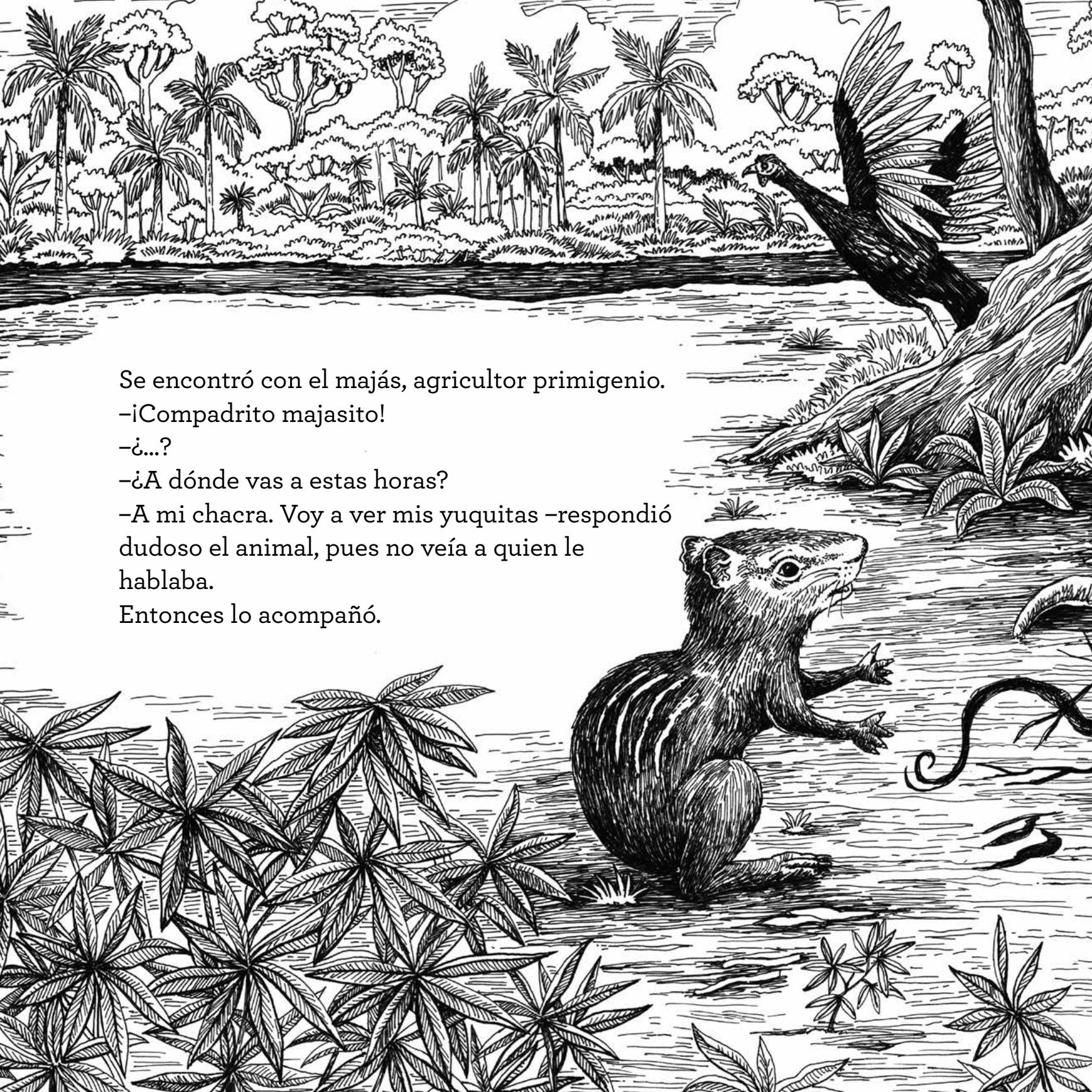
Ilustraciones de César Chujutalli

CASA DE LA | COLECCIÓN BULEVAR
LITERATURA | DE LA LECTURA
PERUANA | INFANTIL





Del follaje diminuto de un sachamango bajó el yatmandú.
Era de noche. La luna corría por un cielo manchado
con blancos de nube.



Se encontró con el majás, agricultor primigenio.

-¡Compadrito majasito!

-¿...?

-¿A dónde vas a estas horas?

-A mi chacra. Voy a ver mis yuquitas -respondió dudoso el animal, pues no veía a quien le hablaba.

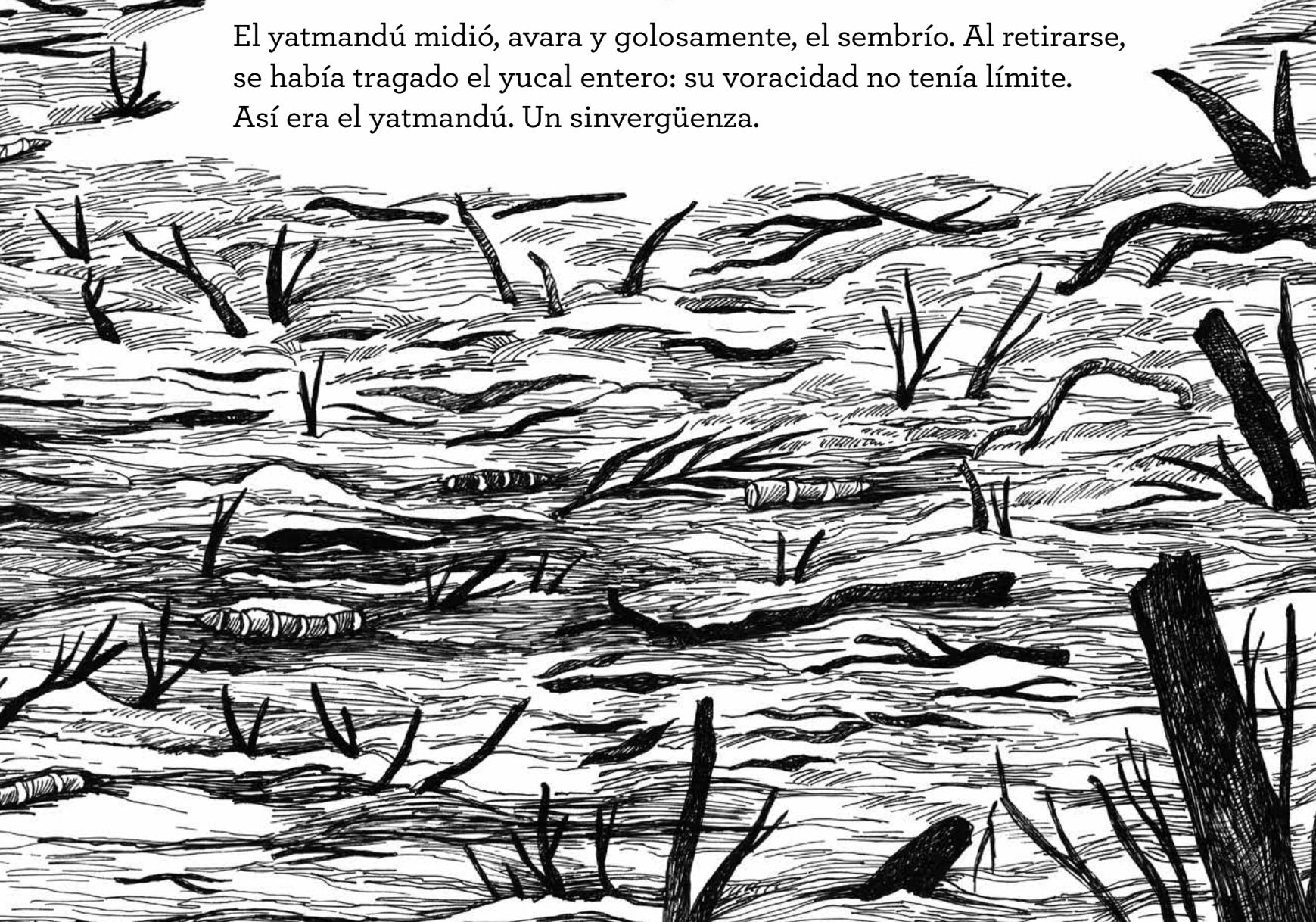
Entonces lo acompañó.







El yatmandú midió, avara y golosamente, el sembrío. Al retirarse, se había tragado el yucal entero: su voracidad no tenía límite. Así era el yatmandú. Un sinvergüenza.

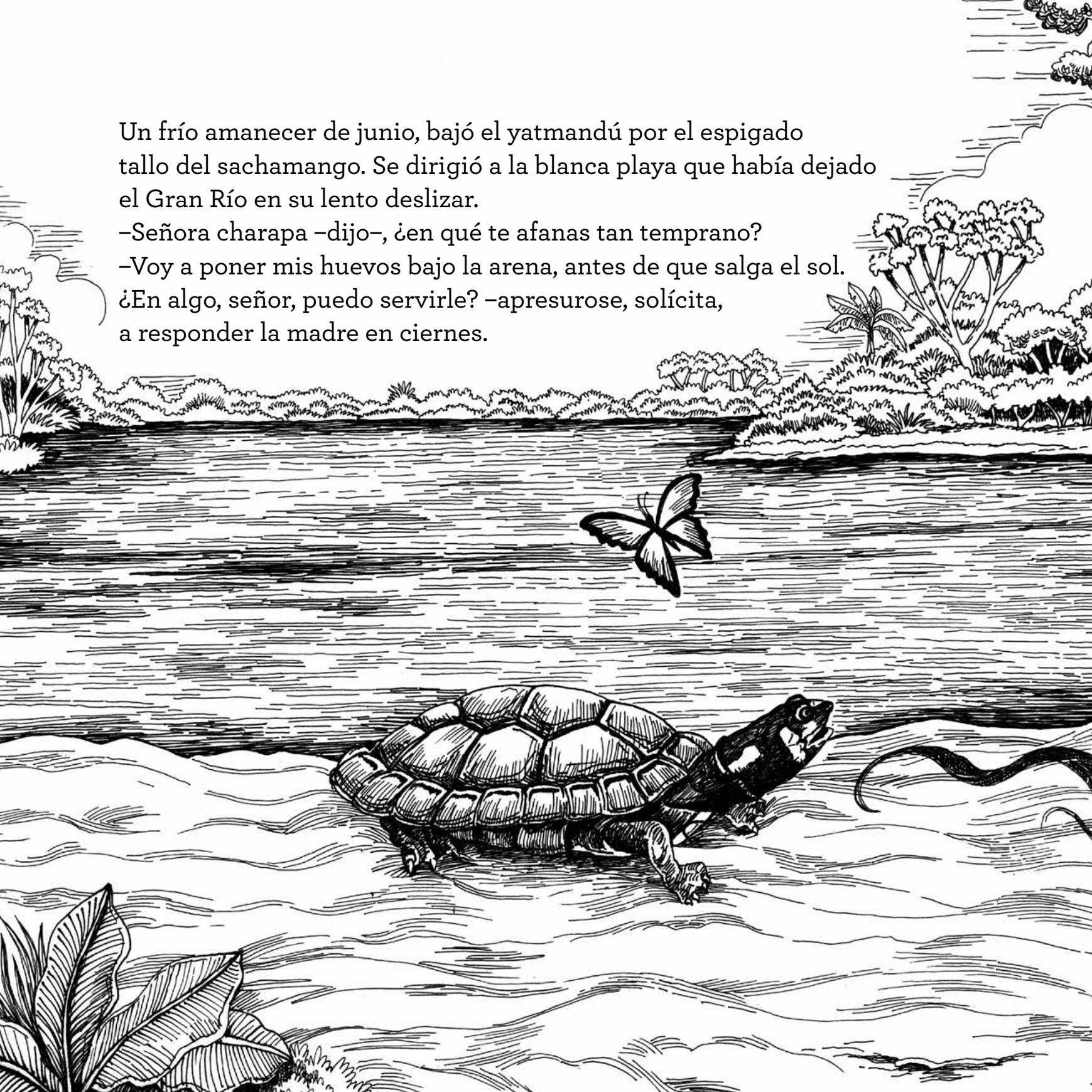


Un frío amanecer de junio, bajó el yatmandú por el espigado tallo del sachamango. Se dirigió a la blanca playa que había dejado el Gran Río en su lento deslizar.

-Señora charapa -dijo-, ¿en qué te afanas tan temprano?

-Voy a poner mis huevos bajo la arena, antes de que salga el sol.

¿En algo, señor, puedo servirle? -apresurose, solícita, a responder la madre en ciernes.





Pero el yatmandú no respondió. Solo le preocupaba el fondo oscuro de su ilimitado estómago. Al alejarse, había barrido ya con todos los huevos de aquellas playas. Así era el yatmandú, un ser infame.

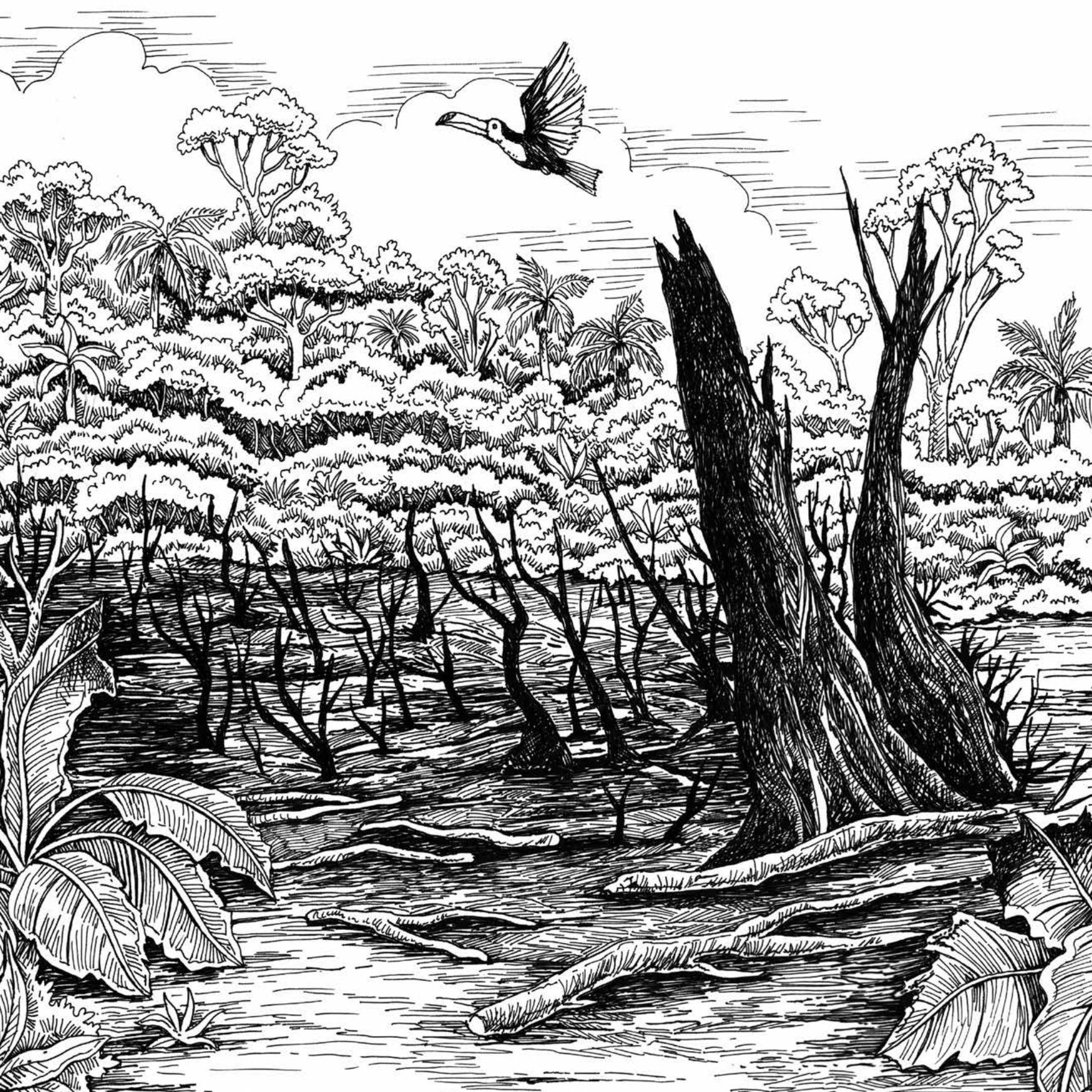






Un atardecer salió el hombre con su retrocarga a buscar el mitayo nocturno. Regresó al despertar el sol. En su ausencia, bajó el yatmandú de su guarida, hábilmente cubierta por las enormes hojas del sachamango.





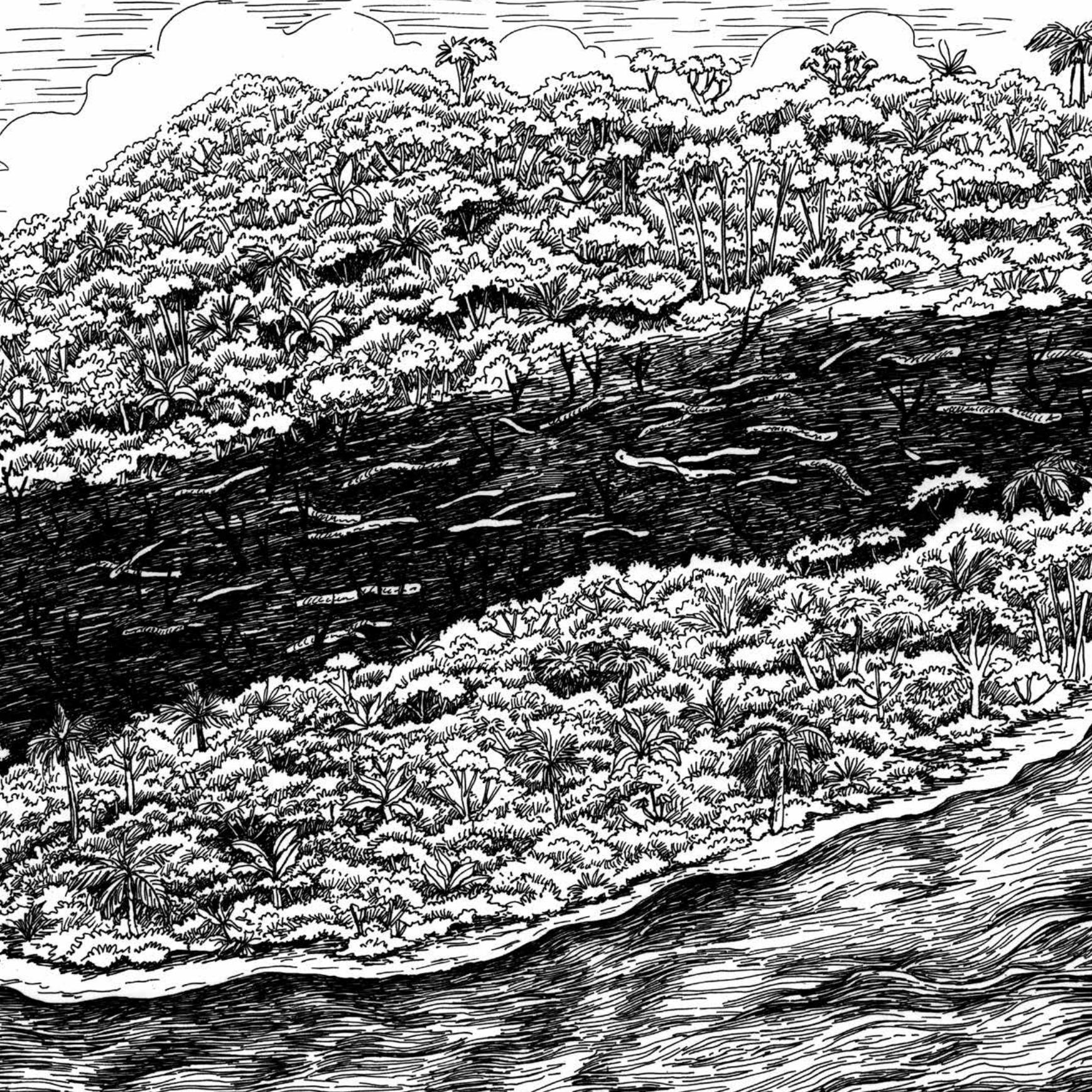
Se dirigió a la choza del hombre y, sin decir nada a nadie, devoró a los dos pequeñuelos, hijos del cazador, después de matar a la mujer, madre de los niños.

Así era el yatmandú, un asesino desalmado, un voraz asesino.



Bajó el yatmandú otra vez, del mismo escondite. Era al mediodía, cuando quemaba el sol tropical. Se dirigió a la selva profunda, a la oscuridad más insondable del bosque. Iba derribando los árboles a su paso (pues le gustaba andar en línea recta); iba envenenando ríos, lagos y quebradas con su sudor (pues todo en él era ajeno); iba destruyendo todo por gusto (pues era un ser sin entrañas).

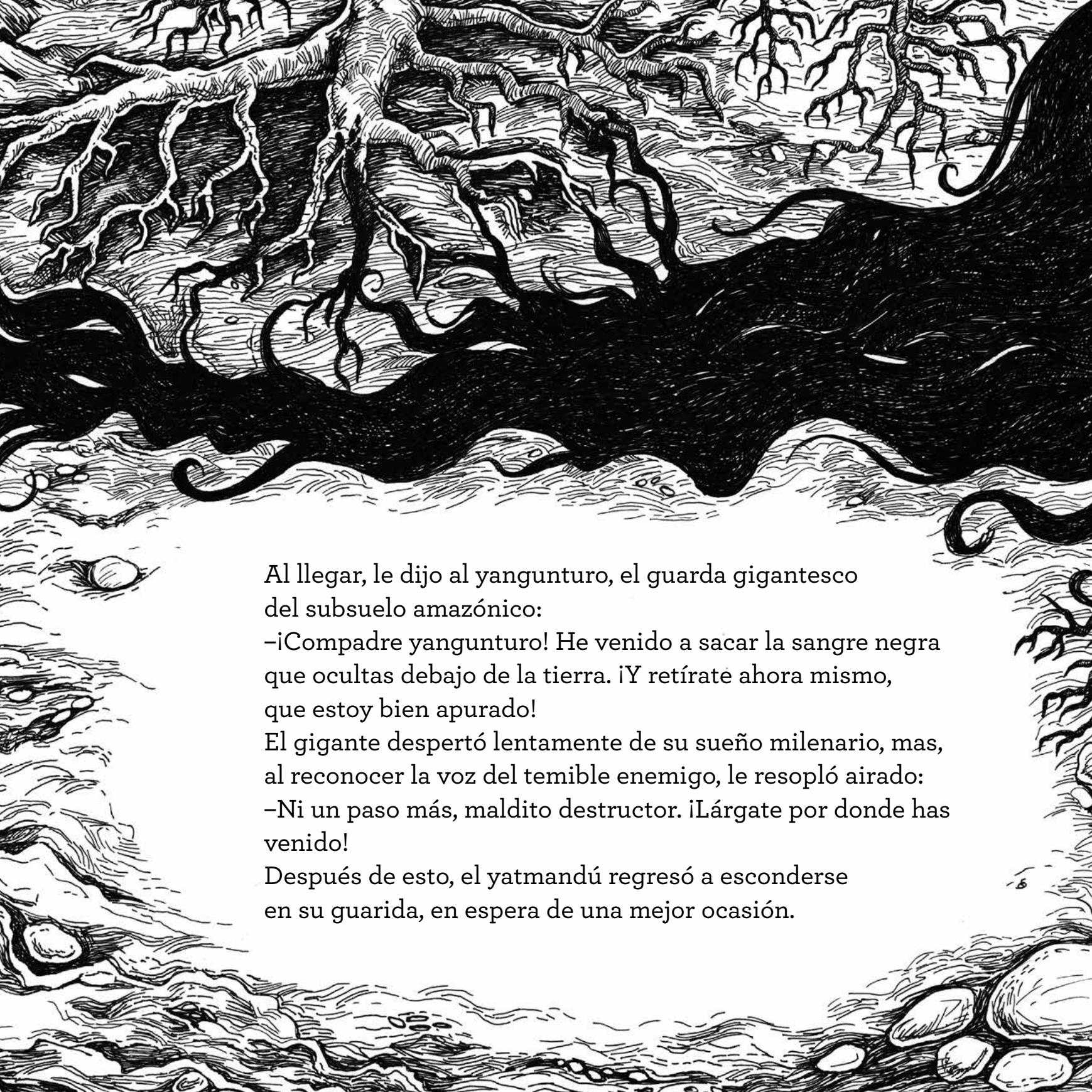












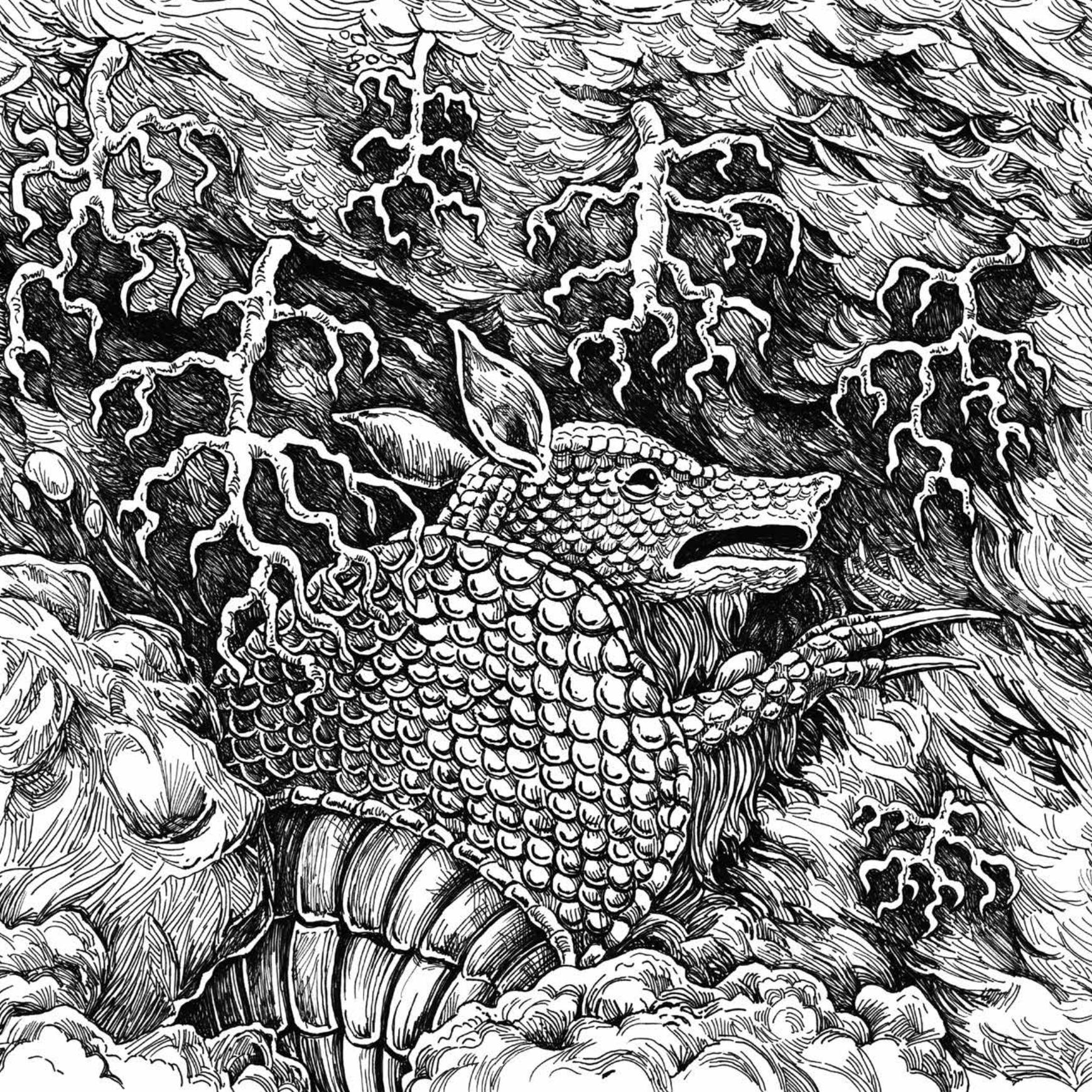
Al llegar, le dijo al yangunturo, el guarda gigantesco del subsuelo amazónico:

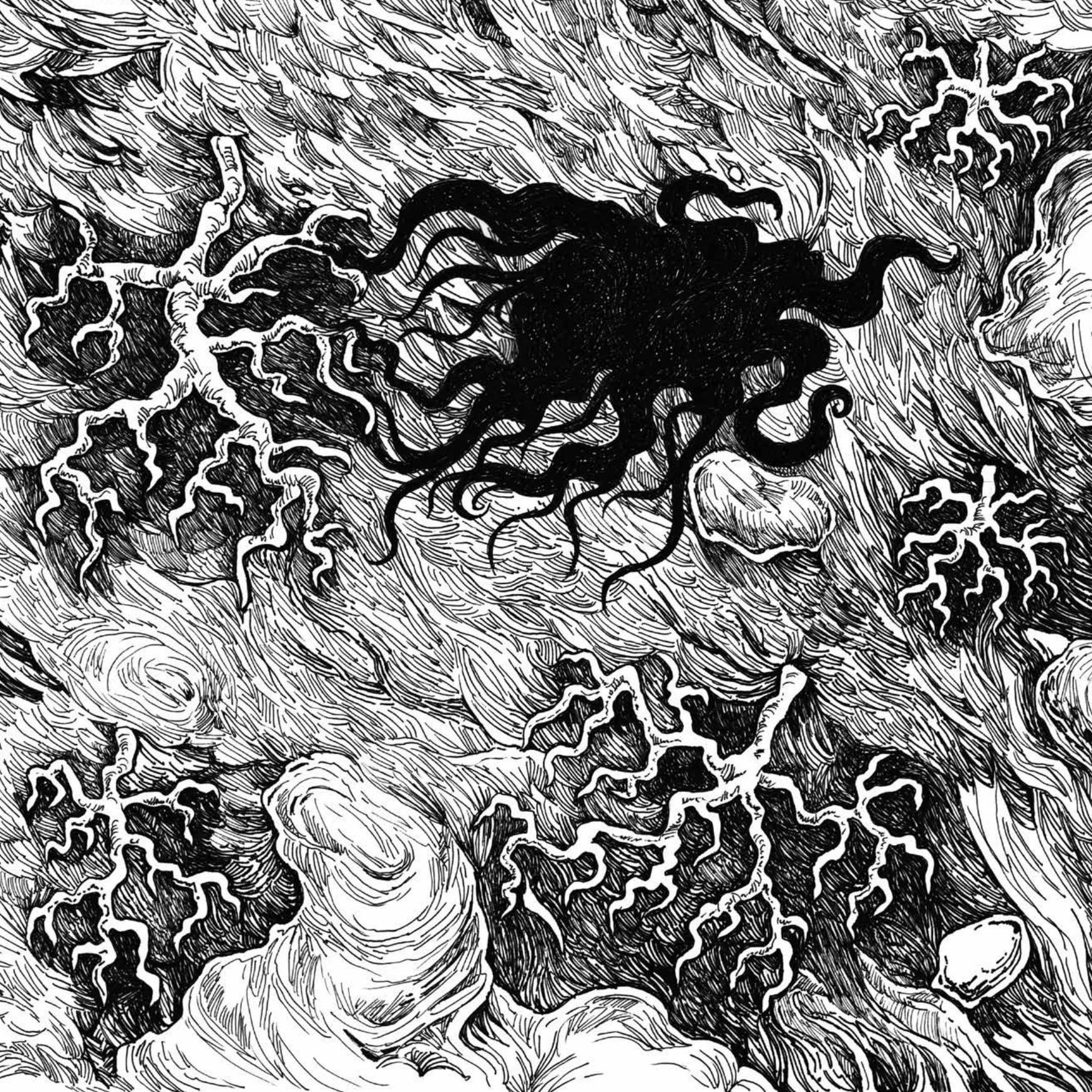
–¡Compadre yangunturo! He venido a sacar la sangre negra que ocultas debajo de la tierra. ¡Y retírate ahora mismo, que estoy bien apurado!

El gigante despertó lentamente de su sueño milenario, mas, al reconocer la voz del temible enemigo, le resopló airado:

–Ni un paso más, maldito destructor. ¡Lárgate por donde has venido!

Después de esto, el yatmandú regresó a esconderse en su guarida, en espera de una mejor ocasión.



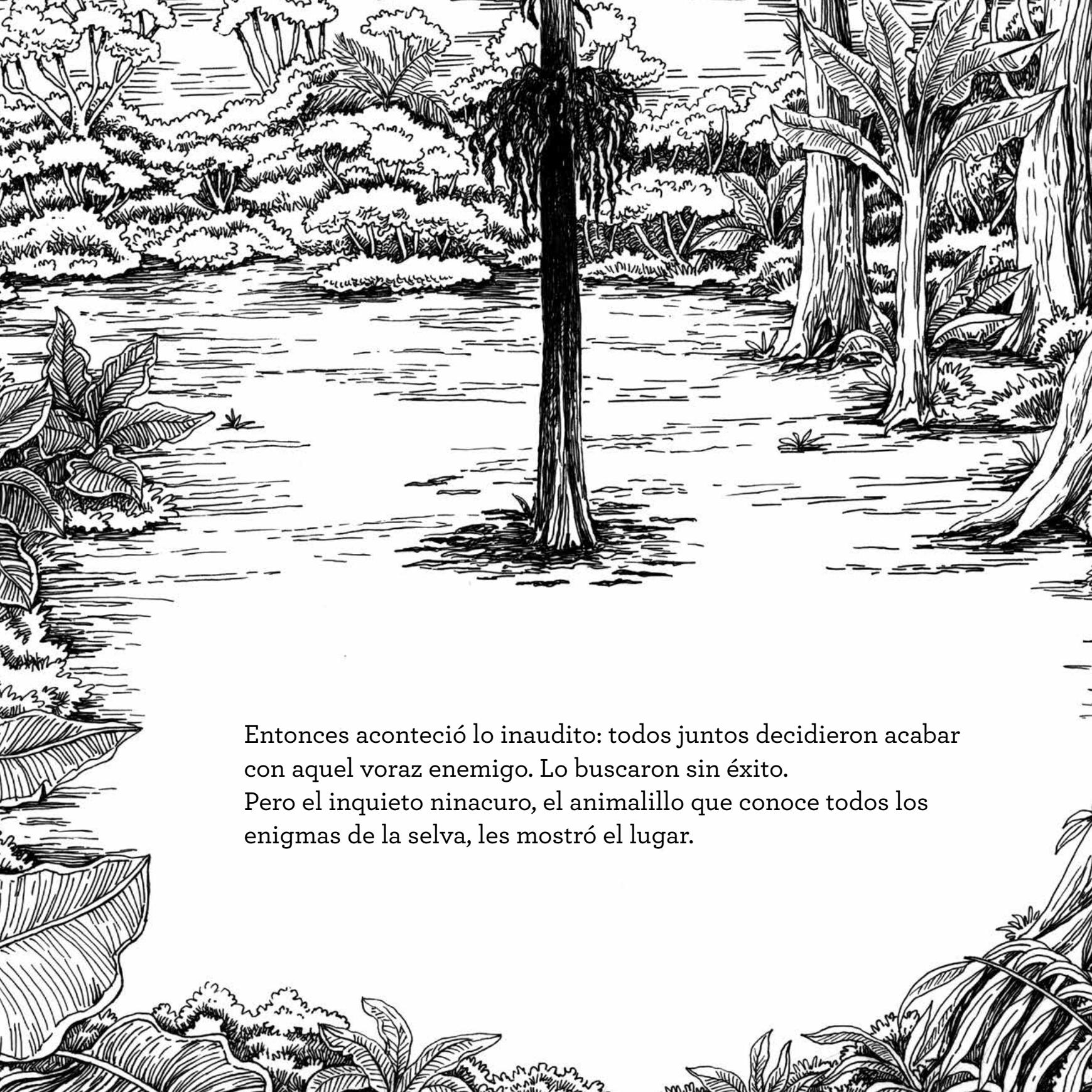


Y sucedió que el majás y la charapa fueron a la choza del hombre. Proclamaba cada uno su desventura, y sus lamentos se escuchaban desde muy lejos. Y con la velocidad que le permitían su fuerza descomunal y sus enormes garras, llegó hasta ellos el yangunturo por debajo de la tierra.





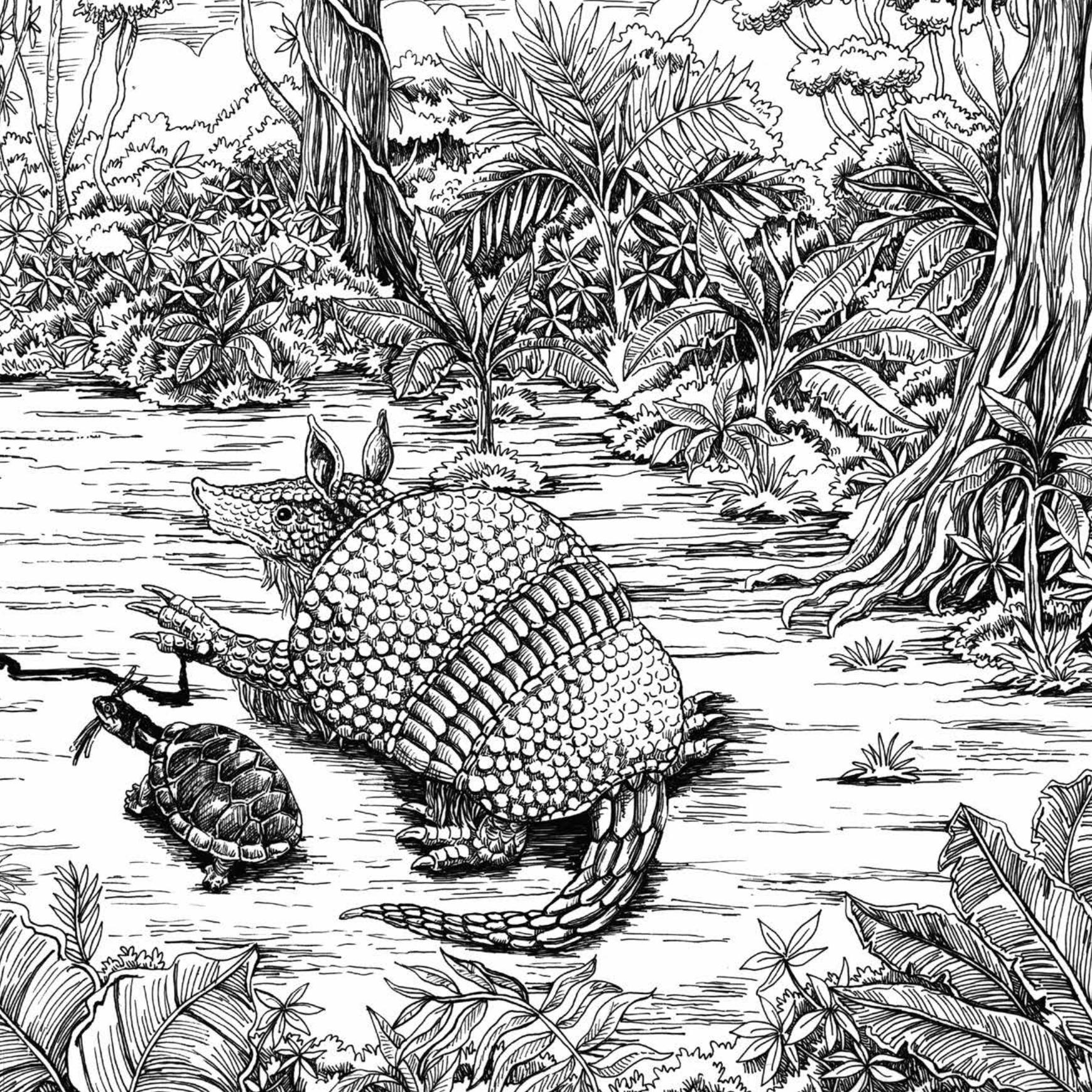




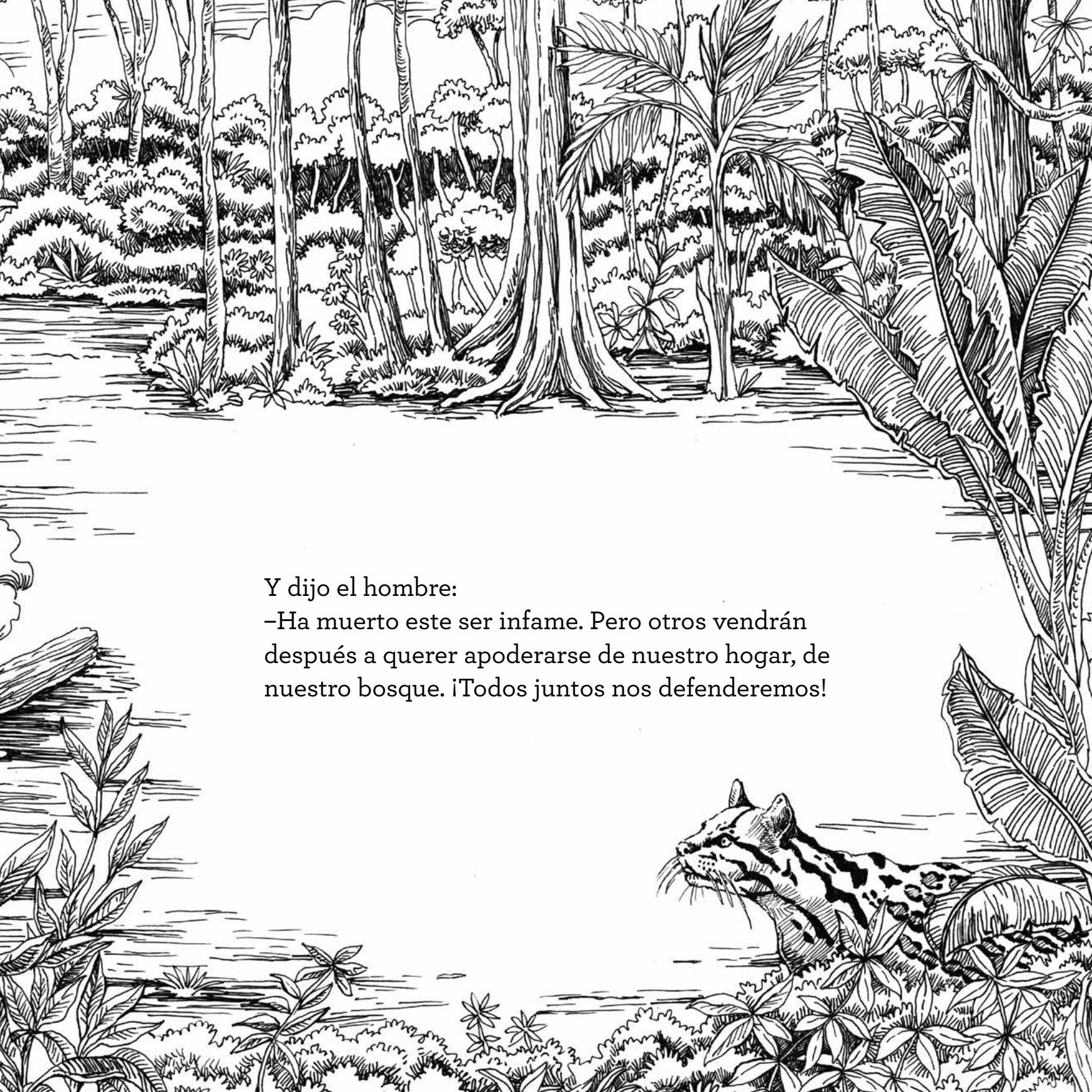
Entonces aconteció lo inaudito: todos juntos decidieron acabar con aquel voraz enemigo. Lo buscaron sin éxito. Pero el inquieto ninacuro, el animalillo que conoce todos los enigmas de la selva, les mostró el lugar.



wEl majás trajo la leña para preparar el shunto,
la charapa lo juntó todo al pie del árbol,
el yangunturo regó un poco de su sangre negra
para que no se apague la candela y el hombre
prendió fuego al sachamango.







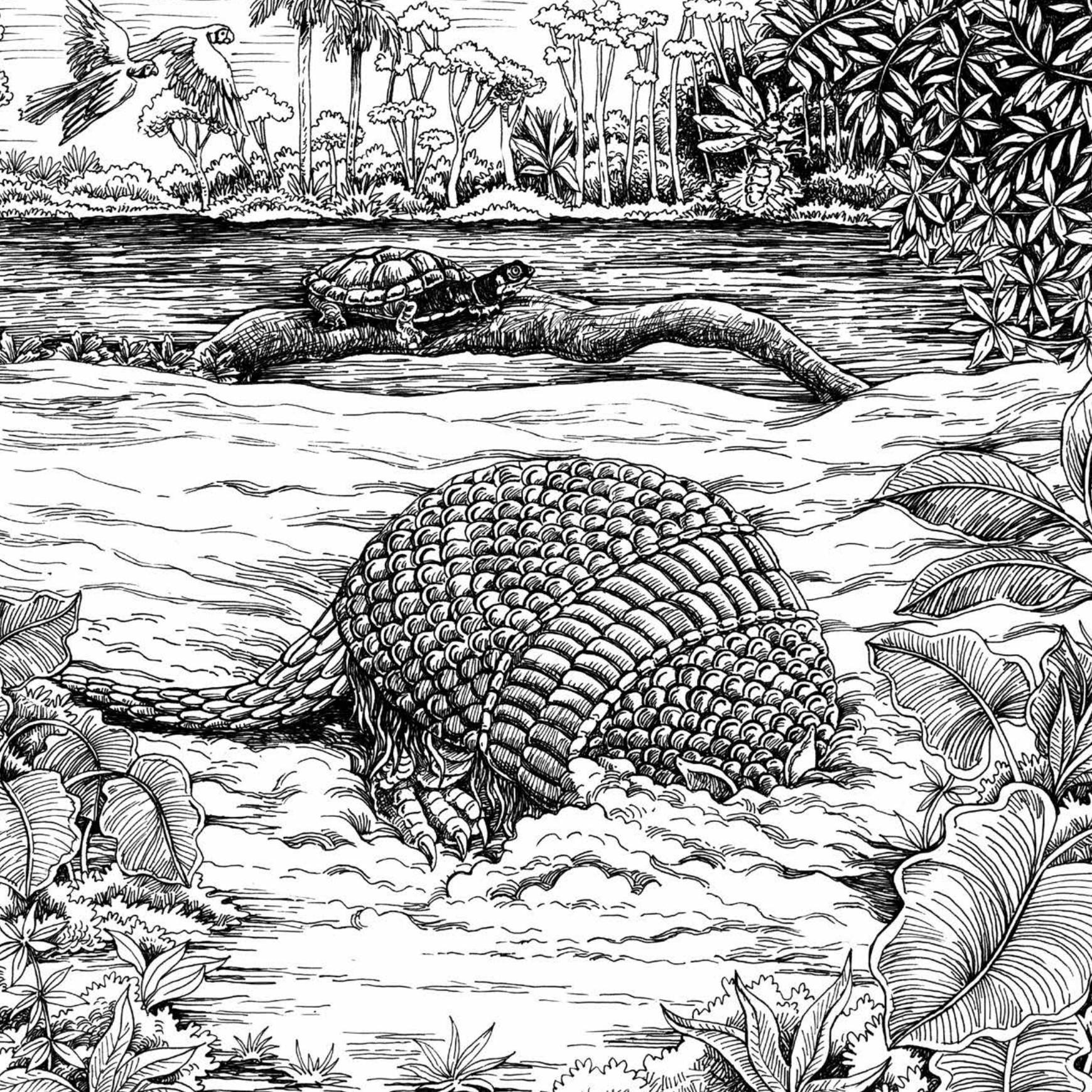
Y dijo el hombre:

—Ha muerto este ser infame. Pero otros vendrán después a querer apoderarse de nuestro hogar, de nuestro bosque. ¡Todos juntos nos defenderemos!





Mientras tanto, el majás ya se había ido a su chacra,
la charapa movía rítmicamente la cabeza y el yangunturo
ya respiraba su prehistórico sueño de siglos incontables.
El ninacuro sobrevolaba las oscuridades de la selva llevando
la gran noticia a todos sus habitantes.



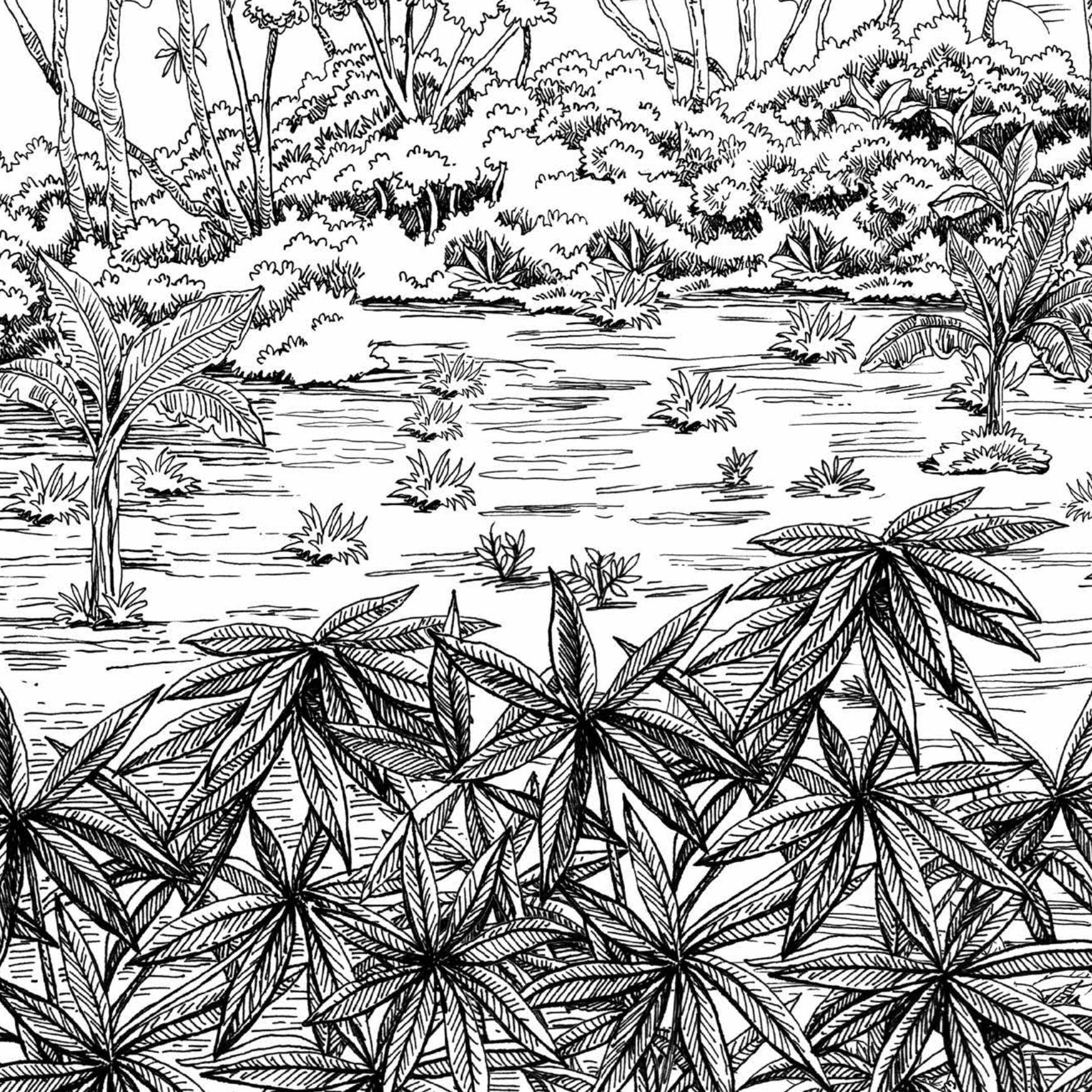
El hombre suspiró profundamente y entonó una extensa canción de esperanza. Más tarde, formó un nuevo hogar. Procreó hermosos hijos, que poblaron la verde inmensidad de la Amazonía. Viven hasta ahora y serenos esperan la llegada de aquellos seres. El hombre los vencerá. Es valiente.













En este relato, una enigmática criatura conocida como el yatmandú irrumpen en la vida de los seres que habitan en la selva. Su paso siempre deja tras de sí una vasta estela de dolor y destrucción. ¿De qué modo estos seres podrán salvarse a ellos mismos, pero también al hogar que comparten, del temible yatmandú?

Luis Salazar Orsi (Iquitos, 1954) es investigador, docente, compositor, escritor y dibujante. Entre otras labores, ha recopilado diferentes expresiones de la música popular de la selva peruana, en castellano y en quechua sanmartinense. “La muerte del yatmandú” forma parte de su libro de cuentos del mismo título, publicado en 1993.

Bulevar de la Lectura Infantil
CASA DE LA LITERATURA PERUANA

